
MIRA
Susan Andersen
Volcán dormido

Susan Andersen

Volcán dormido



HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Susan Andersen. Todos los derechos reservados.
VOLCÁN DORMIDO, Nº 227 - 1.6.09
Título original: Cutting Loose
Publicada originalmente por HQN™ Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Mira son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-7220-1
Depósito legal: B-17503-2009
Editor responsable: Luis Pugni
Impresión y encuadernación: LITOGRAFÍA ROSÉS, S.A.
C/. Energía, 11. 08850 Gavá (Barcelona)
Fecha impresión Argentina: 28.11.09
Distribuidor para México: CODIPLYRSA
Distribuidor exclusivo para España: LOGISTA
Distribuidores para Argentina: interior, BERTRAN, S.A.C. Vélez Sársfield, 1950. Cap. Fed./ Buenos Aires y Gran Buenos Aires, VACCARO SÁNCHEZ y Cía, S.A.
Distribuidor para Chile: DISTRIBUIDORA ALFA, S.A.

Prólogo

Querido Diario,
Estoy harta de mis padres. ¿Por qué no puedo tener una familia normal?
12 de mayo de 1990

—¡Jane! ¡Jane, ya estamos aquí!

La joven de doce años Jane Kaplinski se asomó a la ventana de su habitación. El coche con chófer estaba aparcado frente a la casa, y sus amigas Ava y Poppy estaban saliendo por la puerta trasera.

—Enseguida bajo —gritó.

La brisa agitaba el pelo rubio y rizado de Poppy y pegaba su falda vaporosa a sus esbeltas piernas. Seguramente se había comprado el conjunto en Kmart, pero su aspecto era tan elegante y arreglado como siempre. En cambio, Ava, que iba un año y medio por delante en el colegio, parecía empaquetada en el vestido verde claro que se ceñía a su pecho y caderas. Miró a Jane con una radiante sonrisa, y su melena lisa

y pelirroja pareció encenderse al recibir un rayo de sol primaveral que se abría camino entre las nubes.

Jane se alisó su falda azul marino con la mano y apagó la radio en mitad de una canción de Madonna. Agarró la mochila al tiempo que la puerta de la casa se abría con un fuerte ruido, y cerró con cuidado la puerta de su dormitorio. Sonrió mientras bajaba la escalera, imaginándose a Ava insistiendo en llamar a la puerta y a Poppy replicando que no necesitaban invitación para entrar.

Pero fue la voz de su madre llamándola lo que la detuvo al llegar abajo. La maleta en el vestíbulo debería haberla puesto sobre aviso, pero estaba tan entusiasmada por la excursión con sus amigas, que ni siquiera se había fijado. Ahora, sin embargo, su madre se acercaba a ella, con un vaso alto de cristal en la mano, en cuyo interior resonaban los cubitos de hielo mientras se abalanzaba sobre su única hija con desbordado entusiasmo.

Maldición...

—Has vuelto —dijo en tono frío y desangelado, mientras su madre la apretaba contra su pecho y casi la ahogaba con el perfume Obession que impregnaba su escote. Se mantuvo quieta y rígida hasta que Dorrie la soltó para dirigirse hacia la puerta.

—Pues claro, cariño. Sabes que nunca podría quedarme lejos de ti. Además... —le dio una palmadita en el pelo—, tu padre me suplicó que regresara —pasó un brazo por los hombros de Jane y la miró fijamente. El olor a Johnnie Walker que despedía su aliento contrastaba fuertemente con su exquisito perfume —. Mira qué arreglada te has puesto... ¿Vas a alguna parte?

Jane se retorció para soltarse y dio un gran paso adelante.

—Me han invitado a tomar el té en casa de la señorita Wolcott.

—¿Agnes Bell Wolcott?

Jane asintió.

—Parece que mi niña es de altos vuelos... —dijo Dorrie, mirándola de arriba abajo—. ¿Y no podrías haber elegido algo más alegre?

—Me gusta esta ropa —se limitó a responder Jane, echando un rápido vistazo al top fluorescente de su madre.

—Tengo algunas cosillas rojas que podrían sentarte muy bien —comentó Dorrie, levantando un mechón de cabellos castaños y lisos de su hija—. Ya sabes lo importante que es la puesta en escena... ¡Si quieres que tu papel sea creíble, tienes que cuidar tu vestuario!

Jane tuvo que hacer un esfuerzo para no estremecerse.

—No, gracias. Voy a tomar el té, no a interpretar una de las obras tuyas y de papá. Además, ya han venido a recogerme. ¿No has oído el coche de Ava?

Dorrie le soltó el mechón y tomó otro sorbo de Johnnie Walker.

—Ahora que lo dices... Sí, supongo. No estaba prestando mucha atención.

Como si eso fuera algo nuevo, pensó Jane. Su madre sólo prestaba atención a sí misma. O en todo caso, al diario del Show de Dorrie y Mike.

Al oír el timbre de la puerta, Jane respiró de alivio y se separó de su madre.

—Tengo que irme. Ava y yo vamos a dormir en casa de Poppy. Hasta mañana.

No podría estar más agradecida por ahorrarse la escena de aquella noche, cuando su padre descubriera

que su madre había vuelto. La pasión desmedida y los fuegos artificiales estaban garantizados, y Jane había vivido esa situación tantas veces que no lamentaba en absoluto perdérsela.

Ava y Poppy entraron en casa antes de que Jane tuviera tiempo de alcanzar la puerta y la rodearon sin perder un segundo.

—Hola, señora Kaplinski. Adiós, señora Kaplinski —gritaron, llevándose a Jane al coche.

Daniel, el chófer de los Spencer, abrió la puerta trasera del Lincoln. Poppy subió la primera y Daniel saludó a Jane con un asentimiento de cabeza bajo su gorra impecablemente colocada.

—Señorita Kaplinski.

A Jane siempre le entraban ganas de reír por aquella formalidad, pero se contuvo y asintió con expresión grave.

—Señor Daniel —dijo, y subió tranquilamente al coche después de Poppy.

Ava se sentó junto a ella y Daniel cerró la puerta.

Las tres amigas se miraron entre ellas mientras el chófer rodeaba el vehículo. Poppy se agarró el pelo y sofocó un chillido de histeria.

—¿Os lo podéis creer? —susurró—. ¡El té en la mansión Wolcott! —miró a Ava y le preguntó con voz normal—: ¿Por qué la señorita Wolcott nos ha invitado a su casa?

—Ya te dije que no lo sé —respondió Ava, tirándose del bajo del vestido para cubrir sus rollizos muslos—. Tal vez porque todas estuvimos hablando con ella en la aburrida fiesta de mis padres. Estaban como locos porque aceptara su invitación. Parece que rechaza casi todas las invitaciones, y todo el mundo quiere contar con su presencia. Pero, al mismo tiem-

po, mi madre dice que la señorita Wolcott es una excéntrica y que temía que pudiera decir o hacer algo inapropiado —hizo una pausa y se encogió de hombros—. No sé... A mí me pareció muy normal. Salvo por su voz. Mi padre dice que es como una sirena.

—Creía que era una persona interesante —dijo Jane.

—Sí, bueno... —repuso Poppy—. Ha estado en todas partes y ha hecho de todo. Imagínate. Ha estado en París, en África, y hasta hace un par de años incluso pilotaba su propio avión. Y luego está su fabulosa mansión —dio un bote en el asiento—. A su lado tu casa parece una chabola, Ava, y eso que nunca había visto una casa más bonita que la tuya. Me muero por ver su mansión por dentro.

—Yo también —afirmó Jane—. Parece que colecciona cosas chulísimas.

Ava sacó una chocolatina de su mochila, retiró el envoltorio y ofreció compartirla con Poppy y con Jane. Las dos rechazaron el ofrecimiento y Ava le dio un gran mordisco.

—Me alegra haberme librado de mi clase de cotillón. Cualquier excusa es buena para escapar de Cade Gallari.

Al llegar a la mansión de tres plantas, situada en la atestada loma occidental de Queen Anne, una mujer de avanzada edad con un rígido vestido negro las hizo pasar a un gran salón. Les dijo que la señorita Wolcott llegaría enseguida y se marchó, cerrando una puerta corredera muy ornamentada.

Todas las ventanas estaban ocultas por gruesas cortinas de terciopelo, quedando el salón en penumbra y bastante fresco. Por todas partes se veían objetos de la más diversa índole, esparcidos por los rincones y superficies.

—Guau —exclamó Jane, girándose lentamente para intentar asimilar todo de una vez—. Mirad todo esto —se acercó a una gran urna y miró la amplia colección de bolsas bordadas antiguas—. ¡Es impresionante!

—¿Cómo puedes ver nada? —le preguntó Ava—. No hay luz.

—Sí —corroboró Poppy—. Mirad el tamaño de esas ventanas... Si yo viviera aquí, tendría las cortinas descorridas durante todo el día. Y pintaría las paredes de color amarillo.

—Señoritas —una voz profunda y familiar hizo que todas se dieran la vuelta—. Os agradezco que hayáis venido.

Vestida con un pantalón cámel a medida, chaqueta holgada, blusa de cuello alto tan blanca como su pelo y luciendo un bonito camafeo, Agnes Bell Wolcott estaba de pie en el hueco de la puerta corredera—. Puedes descorrer las cortinas, si así lo deseas.

Sin ruborizarse siquiera por haber sido sorprendida, Poppy se apresuró a descorrer las cortinas. El resplandor plateado de las nubes que cubrían Seattle iluminó al instante la sala, orientada hacia el sur.

—Y ahora decidme, niñas... ¿os gustaría explorar mis colecciones o preferís tomar antes un refrigerio?

—Lo segundo, por favor —dijo Ava, antes de que Jane pudiera decantarse por la primera opción.

Su anfitriona las condujo a otra habitación, donde había una mesa exquisitamente preparada frente a una chimenea de mármol. En el medio, un soporte con tres bandejas contenía una suculenta variedad de pastas y sándwiches. Cada una ocupó el asiento que marcaba la tarjeta con su nombre, y la señorita Wolcott hizo sonar la campanilla.

—Supongo que os estaréis preguntando por qué os he invitado a venir hoy —dijo, mirándolas fijamente.

—Nos lo preguntamos cuando veníamos hacia aquí en el coche —respondió Poppy con toda franqueza. Jane y Ava asintieron cortésmente.

—Sí, señora —murmuró Ava.

—Es mi manera de agradeceros la compañía que me dispensasteis la otra noche en la fiesta de los Spencer. No es muy frecuente que unas jovencitas se molesten en hacerle compañía a una anciana. Y puedo deciros que disfruté mucho hablando con vosotras —las miró con un brillo de interés en los ojos—. Sois muy distintas entre vosotras... ¿Puedo preguntaros cómo os conocisteis?

—Todas vamos al Country Day —respondió Poppy, sonriendo al ver la discreta mirada que la señorita Wolcott le echaba a su modesta ropa—. Mis padres son gente muy cariñosa y divertida, pero mi abuela Ingles es una ex alumna y se encarga de pagar mi matrícula.

—Y yo conseguí una beca —intervino Jane. No porque sus padres se hubieran preocupado en buscársela, desde luego. Si su profesor de segundo grado no hubiera solicitado una beca para ella, Jane aún estaría en la escuela pública. Actualmente era ella quien rellenaba las solicitudes anuales, y todo lo que sus padres tenían que hacer era firmarlas.

—Yo sólo soy una alumna normal —admitió Ava—. No hago nada especial, y Jane y Poppy son mucho mejores que yo en clase —sonrió—. Sobre todo Jane.

Las mejillas de Jane se cubrieron de rubor.

—Ava es muy especial en otras cosas —se apresuró a decir.

—Me encanta ver una amistad tan íntima y since-

ra entre las jóvenes —comentó la señorita Wolcott—. Sois como una hermandad.

Jane saboreó la palabra, al tiempo que la mujer vestida de negro entraba en el comedor empujando un carrito con un elegante juego de té. Colocó la tetera plateada frente a la señorita Wolcott, quien señaló los paquetes rectangulares que esperaban en los platos.

—Os tengo preparado un pequeño obsequio como muestra de agradecimiento. Por favor, abridlos mientras sirvo el té.

Jane desató cuidadosamente la cinta plateada y retiró el papel dorado y plateado de su envoltorio. Por su parte, Poppy rasgó el suyo sin el menor cuidado, y Ava desenvolvió su paquete con una delicadeza que sin duda había aprendido en las clases de la señorita Manners.

Jane sonrió para sí misma. Tal vez no fuera tan fácil ser una niña rica, como Ava les recordaba continuamente.

El envoltorio contenía un libro de tapas verdes de piel, con el nombre de Jane grabado en oro. El nombre de Poppy aparecía en rojo, y el de Ava en azul intenso. Jane se preguntó cómo sabría la anciana que el verde era su color favorito. Al abrirlo, se encontró con que las páginas estaban en blanco.

—He tenido un diario desde que tenía vuestra edad —explicó la señorita Wolcott con su voz grave y profunda—. Y al ver que sois unas jovencitas muy interesantes, pensé que tal vez os gustaría tener uno. Es un lugar estupendo para depositar mis secretos.

—Fantástico —dijo Poppy.

—Una idea genial —corroboró Ava.

Mirando a la señorita Wolcott y a sus amigas, Jane pensó en todas las impresiones y sentimientos que in-

vadían su mente. Las cosas no siempre iban bien en casa, pero no le gustaba hablar de ello, ni siquiera con sus dos mejores amigas. Poppy tenía unos padres fabulosos, por lo que no podía ponerse en el lugar de Jane, por mucho que se compadeciera de ella por el continuo abandono de sus padres. Y aunque el hogar de Ava distaba mucho de ser ideal, al menos sus padres no eran una pareja de actores que siempre estaban de un lado para otro.

Pero, a pesar de todo, la idea de escribir cómo se sentía realmente le resultaba muy tentadora.

—Tal vez podríamos llamarlos «los Diarios de la hermandad» —sugirió con una sonrisa.

1

Nunca más volveré a ponerme un tanga. ¿Por qué tuve que hacerle caso a Poppy cuando me juró que eran comodísimos?

—¡Dios mío, Jane! —gritó Ava—. ¡Ya es oficial!

Jane se apartó el teléfono de la oreja. El chillido de su amiga era tan estridente que era raro que el perro salchicha que olisqueaba una farola en First Avenue no se pusiera a ladrar. Esperó un segundo y volvió a pegarse el auricular al oído, sintiendo cómo le bailaba el estómago por la excitación.

—¿Ya se ha validado el testamento?

—Sí, ¡hace dos minutos! —respondió Ava, riéndose como si se hubiera escapado de un manicomio—. La mansión Wolcott es oficialmente nuestra. ¿Te lo puedes creer? Echo de menos a la señorita Agnes, pero esto es increíble. Oh, Dios mío... No puedo ni respirar. Tengo que llamar a Poppy y decírselo —volvió a reírse—. ¡Hay que celebrarlo! ¿Puedes venir a West Seattle?

—Déjame ver... —Jane tiró del cordón telefónico todo lo posible para salir de su diminuto despacho de la sexta planta en el Museo Metropolitano de Seattle y mirar por la puerta que se abría al final del pasillo. El codiciado despacho de la directora ofrecía una vista panorámica desde Magnolia Bluff a Mount Rainier, con las imponentes montañas Olímpicas elevándose sobre Elliott Bay y Puget Sound. Desde donde Jane estaba apenas podía ver el paisaje, pero no eran las vistas lo que le interesaba, sino los coches que circulaban por la autopista.

—Puede ser. Parece que no hay mucho tráfico.

—Estupendo. Nos encontraremos en Matador dentro de una hora. Las bebidas corren de mi cuenta.

Jane se sorprendió a sí misma sonriendo mientras se cambiaba los zapatos de tacón por unos de paseo. Meneando el trasero al ritmo de la música que sonaba en su cabeza, se retocó el pintalabios y echó la barra de carmín al bolso, junto a los zapatos de tacón.

—Pareces muy contenta.

Jane dejó escapar un grito y se llevó una mano al corazón.

—Dios mío —exclamó, volviéndose hacia la puerta. Gordon Ives, subcomisario del museo como ella, estaba de pie en el umbral.

—Lo siento —se disculpó él, entrando en el despacho—. No era mi intención asustarte. ¿Y ese baile?

Normalmente Jane no se molestaría en contarle nada. Desde siempre había mantenido su vida privada fuera de la oficina y no veía ningún motivo para cambiar esa política.

Pero una parte de la herencia iría a parar al museo y Gordon no tardaría en descubrirlo. Además, no podía ocultar su entusiasmo.

—Voy a conseguir las colecciones Wolcott.

Gordon la miró con una expresión incrédula en sus ojos azules.

—¿Las colecciones de Agnes Wolcott? ¿La misma Agnes Wolcott que se dedicó a recorrer el mundo en pantalones mientras las mujeres de su generación se quedaban en casa para cuidar a los niños y a las que no se les ocurría salir a la calle sin guantes ni sombrero?

—La misma. Pero no sólo llevaba pantalones. También lucía sus buenos vestidos.

—Creía que había muerto.

—Murió en marzo pasado —una punzada de tristeza la traspasó por segunda vez aquel día. La señorita Agnes había dejado un vacío en su alma que nadie podría llenar—. Nos lo ha dejado todo a mis amigas y a mí —admitió, todavía muy aturdida. También les había dejado la mansión, pero no había por qué decírselo a Gordon.

—¿Me tomas el pelo? ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Porque éramos amigas. Más que amigas, en realidad. Poppy, Ava y yo éramos lo más parecido a una familia que la señorita Wolcott tuvo en su vida.

La primera visita que hicieron a su casa, dieciocho años atrás, había sido el punto de partida de una profunda amistad, consolidada con el tiempo y con las visitas mensuales a la mansión Wolcott para tomar el té. La anciana se había interesado mucho por las tres amigas y las había tratado como si fueran tan fascinantes como ella. Siempre las colmaba de elogios y ensalzaba sus logros como nadie había hecho nunca... al menos con Jane y con Ava. Un buen ejemplo fue la cena que organizó en Canlis para celebrar el nuevo

trabajo de Jane como subcomisaria en el Museo Metropolitano.

Se frotó la mano contra la boca para disimular los repentinos temblores. No era el momento ni el lugar, ni tampoco la compañía, para mostrar sus emociones.

—Durante los próximos dos meses sólo vendré a la oficina por las mañanas —explicó alegremente—. Hay un par de colecciones que serán donadas al museo, y Marjorie me ha dado permiso para pasar las tardes en la mansión Wolcott y catalogarlas.

—¿La directora sabía algo de esto?

—Sí.

—Me extraña que nadie más se haya enterado.

Jane lo miró sorprendida.

—¿Por qué iban a enterarse?

—Bueno, ya sabes... Es imposible guardar un secreto aquí.

—Cierto. Pero eso se trata de una herencia privada que nos pilló por sorpresa a mis amigas y a mí. Pasaron varios meses hasta la validación del testamento. Ninguna de nosotras sabía cómo funcionaban estas cosas, y si se lo conté a Marjorie, fue porque una parte del testamento de la señorita Agnes afecta directamente al museo. No tenía ningún motivo para contárselo a nadie más —la siguiente pregunta de su curioso colega sería en qué consistía ese legado y quién más había recibido algo, de modo que Jane se apresuró a mirar la hora en su reloj de pulsera—. ¡Cielos! Tengo que irme o perderé el autobús —agarró su bolso y echó a Gordon del despacho, cerrando la puerta tras ellos.

Al salir a la calle se puso el jersey negro de cachemira para protegerse del viento y las gafas de sol para

protegerse del brillante sol de octubre. Había mencionado el autobús como una simple excusa para librarse de Gordon, pero tras pensarlo un momento desistió de ir a casa a por su coche y se dirigió hacia Marion Street para tomar el 55.

Un poco más tarde, y mientras esperaba al autobús que se aproximaba a Alaska Junction, volvió a cambiarse los zapatos de paseo por los tacones. Le encantaban aquellos zapatos de piel de leopardo que dejaban los dedos al descubierto, y sabía que aquélla sería probablemente la última vez que se los pusiera aquella temporada. Según había pronosticado el hombre del tiempo, los días de sol estaban contados.

Llegó al restaurante antes que Ava y Poppy. Aún era temprano y era día laboral, pero el Matador ya empezaba a llenarse. Pidió un agua con gas en la barra y se acomodó en una de las pocas mesas libres. Nunca había estado en aquel local, por lo que pasó los siguientes minutos admirando el diseño de espacios abiertos y la intrincada decoración de metalistería. Empleó otro minuto en ojear el menú, pero era mucho más interesante observar a los demás clientes y pronto cedió a la tentación.

Había una veintena de personas en el bar, pero en el extremo del restaurante había un grupo de hombres que le llamaron particularmente la atención. Sus edades oscilaban entre los veintimuchos y los cuarenta, y parecían mantener una acalorada discusión entre ellos. De vez en cuando, sin embargo, todos rompían a reír, estimulados por un hombre pelirrojo de anchos hombros.

Nunca había sentido especial atracción por los pelirrojos, pero aquel hombre tenía algo más. Su pelo era del mismo color que un setter irlandés, sus cejas

eran más oscuras que las plumas de un cuervo y su piel tenía un matiz mucho más dorado que la blanca palidez que siempre había asociado a esos rasgos.

Por mucho que intentara desviar la mirada, volvía a fijarse en él una y otra vez. El hombre parecía sumido en la conversación. Se apoyaba en la mesa para hablar, fruncía el ceño y luego se relajaba y sonreía. Y acompañaba todas sus palabras con gestos de las manos. Unas manos grandes y fuertes, con dedos largos y de punta cuadrada, ideales para...

Jane dio un respingo, como si alguien hubiera batido las palmas en sus narices. Dios santo. ¿En qué demonios estaba pensando? No era propio de ella fantasear con las manos de un desconocido.

En ese momento, el hombre desvió la mirada y la sorprendió mirándolo.

Jane se quedó petrificada mientras él la recorría con la mirada. Sin dejar de hablar con sus amigos, la observó de la cabeza a los pies, donde mantuvo la mirada un par de segundos antes de volver a subir.

Al alcanzar de nuevo su rostro, tomó un trago de su vaso y, sin apartar los ojos de ella, se retiró de la mesa y se puso en pie.

¿Iba hacia ella? Oh, Dios...

¡No! Se sacudió mentalmente. No estaba allí para ligar. Y si ésa hubiera sido su intención, no habría elegido un bar.

—Hola, Jane. Siento llegar tarde. Supongo que Poppy aún no ha llegado...

Jane levantó la mirada para ver a Ava acercándose a la mesa... y cómo todos los hombres del bar giraban la cabeza hacia ella. El pelirrojo no fue una excepción y examinó a Ava por un momento antes de volver a mirar a Jane. Por un instante permaneció de pie, fro-

tándose la nuca, pero entonces movió sus anchos hombros y se dirigió hacia el aseo de caballeros.

Su trasero era tan apetitoso como el resto de su físico. Pero al echarle un último vistazo, antes de desviar la atención hacia Ava, vio cómo se tambaleaba ligeramente al caminar. El tipo había bebido demasiado.

—Maldita sea —masculló, profundamente defraudada. Su decepción era ridícula, pues ni siquiera había pensado en hablar con él, pero aun así...

—¿Qué? —le preguntó Ava, dejando su bolso de Kate Spade sobre la mesa y sentándose elegantemente en la silla.

—Nada —respondió ella—. Una tontería sin importancia.

Ava la miró fijamente.

—Está bien, está bien —admitió Jane—. Estaba coqueteando con el pelirrojo del fondo... ¡No te vuelvas, por lo que más quieras! Aunque de todos modos, ha ido al aseo.

—Eso está bien... sobre todo para ti. Pero entonces, ¿por qué te enfadas?

—Está borracho. No me di cuenta hasta que lo vi caminar.

—Por Dios, Jane. No todo el mundo que bebe ha de tener necesariamente un problema con el alcohol. La mayoría sólo lo hace de vez en cuando.

—Lo sé —dijo Jane. Estaba de acuerdo con Ava, y además, tampoco le apetecía discutir aquella noche.

Pero Ava la conocía demasiado bien, y en vez de olvidar el tema se inclinó sobre la mesa y se colocó un mechón de sus brillantes cabellos tras la oreja.

—A Poppy y a mí nos has visto beber más de la cuenta en alguna que otra ocasión y no te ha importado.

—Sí, porque conozco vuestra historia y sé que

casi nunca os pasáis con la bebida —se encogió de hombros con un gesto de exasperación—. Ya sé que no puedo ser objetiva ni racional con el tema, y no necesito a ningún loquero para saber que la razón fue la afición a la bebida de mis padres. Y por eso mismo, Ava, tú sabes que no voy a cambiar de opinión. Así que vamos a olvidarnos del tema, ¿de acuerdo? Hemos venido aquí a celebrar algo.

Unos profundos hoyuelos aparecieron en las mejillas de su amiga.

—¡Dios mío, Jane! Es increíble. ¿Estás tan alucinada como yo?

—Y más aún. Estoy tan impaciente por hacerme con esas colecciones que no puedo pensar con calma. No he podido hablar con Marjorie esta tarde, pero a menos que surja algún imprevisto en el museo, y todo ha estado muy tranquilo durante la última semana, espero ponerme con ello el lunes.

—Siento el retraso —dijo Poppy, casi sin aliento, apareciendo junto a la mesa.

Ava emitió un bufido desdeñoso.

—Como si alguna vez llegaras puntual. Por cierto, ¿dónde habéis aparcado? —preguntó mientras Poppy soltaba su enorme bolso en el suelo y se dejaba caer en una silla—. ¿Habéis encontrado un sitio en la calle o habéis dejado el coche en el aparcamiento del callejón?

—Yo lo he dejado en el aparcamiento —respondió Poppy.

—Yo he venido en autobús —dijo Jane, y sus dos amigas se quedaron mirándola con la boca abierta—. ¿Qué pasa?

—Estás loca, ¿lo sabías? —la reprendió Poppy, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué, por usar el transporte público?

—No, porque por la noche hay muchos menos autobuses, y es peligroso esperar en la parada cuando está oscuro.

—Oh, ¿quieres decir que es mucho más seguro atravesar un callejón a oscuras para llegar hasta tu coche? Además, siempre puedo llamar a un taxi. Ava nos citó aquí en una hora, y no creí que tuviera tiempo para ir a casa a por mi coche.

—Es imposible llegar tarde a una cita con Poppy —bromeó Ava—. ¿Llegarás algún día a tu hora?

Poppy se encogió de hombros.

—Todos tenemos nuestros defectos. ¿Hablamos de los tuyos?

—Podríamos... si tuviera alguno. Pero prefiero dejárselos a mis hermanas menores —le hizo una seña a la camarera y le pidió un tequila.

Poppy pidió lo mismo y se volvió hacia Jane.

—¿Y tú, Jane? ¿Quieres otra agua mineral?

—No, creo que tomaré una copa de vino... De la casa —le dijo a la camarera.

Apenas se marchó la camarera, Poppy y Ava se pusieron a dar gritos y a aporrear la mesa por la insólita elección de Jane.

—A diferencia de vosotras, yo sé cómo hacer una excepción de vez en cuando —dijo ella con una sonrisa—. Y esta ocasión lo merece.

—Amén —corroboró Poppy.

La camarera volvió con sus bebidas y Ava alzó su vaso.

—Por las nuevas propietarias.

Jane y Poppy entrechocaron sus vasos.

—¡Por las nuevas propietarias!

Jane tomó un sorbo de vino y volvió a levantar su copa.

—Por la señorita Agnes.

Las tres volvieron a brindar.

—La echo de menos —dijo Poppy.

—Yo también. Nunca he conocido a nadie como ella.

Poppy levantó su vaso una vez más.

—Por ti, Jane. Por que no tardes mucho en catalogar las colecciones de la señorita Agnes.

—Por mí —dijo ella, y entonces la asaltó una extraña inquietud—. ¿Y si no lo hago bien?

Las tres se miraron unas a otras, con la posibilidad del fracaso cerniéndose sobre ellas. Pero entonces Ava se echó a reír, Poppy soltó un bufido y Jane sacudió la cabeza, sofocando sus temores. Si de algo estaba completamente segura, era de su profesionalidad.

—Esto me recuerda algo... —dijo Poppy, girándose en la silla para recorrer el bar con la mirada—. Le he pedido al director de Kavanagh Construction que se pasara por aquí si le era posible y así podríais conocerlo. ¡Y aquí está!

Para asombro de Jane, Poppy le hizo señas a uno de los hombres que estaba sentado a la mesa del pelirrojo. Se levantó de la silla y se dirigió pavoneándose hacia él. Con su habitual aplomo, se agachó junto al hombre calvo y cuarentón y empezó a hablar con él con la seguridad de una mujer convencida de su acogida. Al cabo de un breve diálogo, volvió a levantarse para estrechar las manos de los otros tres hombres y señaló a Jane y a Ava.

Horrorizada, Jane vio cómo el hombre calvo se levantaba para seguir a Poppy... y lo mismo hizo el pelirrojo. Éste se tropezó con una silla vacía, a dos mesas de distancia, y recorrió dando bandazos los últimos metros hasta ellas. Plantó los puños en la

mesa para guardar el equilibrio y masculló una palabrota.

—¡Dev! —exclamó el hombre calvo—. ¡Compórtate!

—Disculpen mi lenguaje, señoritas —dijo el pelirrojo, ofreciéndoles una sonrisa avergonzada—. La diferencia horaria me ha afectado seriamente.

—La bebida, más bien —dijo Jane en voz baja.

—Jane, Ava, éste es Bren Kavanagh y su hermano Devlin —los presentó Poppy, alzando la voz para sofocar el comentario de Jane—. Como ya os expliqué, los Kavanagh van a hacerse cargo de nuestras obras. Bren me estaba diciendo que Devlin será el director del proyecto y que se encargará de supervisar las...

—No —la interrumpió Jane, levantándose en un arrebato de indignación. Una cosa era soportar a un borracho en un bar. Pero por nada del mundo aguantaría a un alcohólico mientras intentaba catalogar la colección más importante de su vida.

Devlin, que había estado mirándose seriamente los nudillos, levantó la mirada de sus ojos marrones verdosos y parpadeó un par de veces. No debió de gustarle lo que vio en la expresión de Jane, porque entornó la mirada y frunció el ceño.

—¿Qué ha dicho?

—No. He dicho simplemente que no. ¿Qué parte no ha entendido, señor Kavanagh?

—Oiga...

—¡No! ¡Oiga usted! No pienso tener a un maldito borr... ¡Eh! —gritó cuando Poppy la agarró de la muñeca y tiró de ella para levantarla.

—Discúlpennos —dijo, llevándose a Jane hacia el fondo del bar.

A Jane no le quedó más remedio que seguirla si

no quería que la arrastrase como a un juguete con ruedas.

Dev observó cómo se llevaban a la nerviosa mujer morena de la mesa e intentó erguirse.

—Bueno, creo que he acabado aquí —dijo, pero enseguida tuvo que volver a apoyarse en la mesa. El local empezaba a dar vueltas a su alrededor.

Bren lo miró con preocupación.

—Estás para el arrastre. Siéntate antes de que te caigas al suelo.

Buena idea. Empezó a retirar la silla situada junto a la pelirroja de grandes pe...

—En nuestra mesa, Dev.

—Oh... Sí, claro —le hizo un gesto con la cabeza a la pelirroja del cuerpo de escándalo y sonrisa comprensiva y volvió con dificultad junto a Finn y David.

¿Qué demonios estaba haciendo allí? Debería haberse quedado en la cama a dormir diez horas seguidas, pero su hermano lo había convencido para salir a tomar algo y explicarle cómo podía hacerse cargo de la empresa mientras Bren recibía su tratamiento. O por lo menos, a falta de sueño, debería haberse privado de los dos tequilas que había tomado después de haber dado buena cuenta del Redbreast de su padre. Como buen irlandés toleraba bien la bebida, pero llevaba treinta y cinco horas sin dormir, de las cuales había pasado diecinueve volando desde Grecia. Ya estaba completamente grogui cuando su hermano Finn lo recibió en el aeropuerto.

Pero no había descanso para los Kavanagh. Cuando uno de los chicos llegaba a casa, la celebración era inevitable. Y una celebración familiar no era tal a me-

nos que incluyera a sus seis hermanos y hermanas con sus respectivas parejas e hijos, a sus padres, a sus abuelos, a sus dos tíos, cuatro tías y las familias de cada uno. Así eran las cosas y no podía quejarse, pero debería haber tomado menos whisky de su padre y más comida de su madre.

—Vaya éxito, Dev —le dijo su hermano menor con una pícara sonrisa, cuando Devlin consiguió llegar a la mesa—. Sólo llevas unas horas en la ciudad y ya has conseguido que te devuelvan a la mesa de los pequeños para que Bren pueda hablar con los mayores.

—Tú siempre tan gracioso —le rodeó el cuello con el brazo y lo zarandeó ligeramente—. ¿Por qué no vas a actuar al Club de la Comedia? —soltó a su hermano y se dejó caer en la silla que había ocupado Bren—. Aunque tengo que reconocer que es así. Parece que mi estado ha ofendido a una de las potenciales clientas.

—No entiendo cómo es posible —repuso Finn en tono irónico.

Dev esbozó una sonrisa torcida.

—Yo tampoco —se tocó los labios y los sintió gomosos—. No sabía lo mal que estaba hasta que me levanté para acompañar a Bren a su mesa. He tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para caminar en línea recta.

Finn lo miró, inexpresivo.

—¿Cómo ha ido?

—No muy bien —respondió Dev. Miró por encima del hombro hacia su hermano mayor, quien seguía hablando con la pelirroja, y volvió la atención hacia los otros. De repente se sentía mucho más sobrio—. ¿Y a Bren cómo le va?

—Tiene sus días buenos y sus días malos. Creo que preferirá contártelo él mismo.

—Sí, tan locuaz como siempre... —miró fijamente a sus hermanos—. Aún me cuesta creer que no me haya enterado de esto hasta hace tres días.

Finn lo miró con suavidad.

—Te has pasado los últimos diez años alejado de la familia. A lo mejor nos pareció que no te interesaría saberlo.

Dev se incorporó bruscamente, preparado para la pelea. Pero Finn siguió mirándolo con calma y Dev volvió a hundirse en el asiento.

—Puede que haya estado lejos, pero nunca he dejado de ser un Kavanagh. Sigo siendo de la familia —lo que seguía atormentándolo tanto como cuando tenía diecinueve años. Quería a su familia, pero no podía estar con ellos mucho tiempo sin volverse loco.

Sin embargo, en aquella ocasión no se trataba de los cotilleos y rumores sobre sus novias y ligues. Se trataba del cáncer de Bren, y le dolía terriblemente que nadie se hubiera molestado en hacer una llamada telefónica para decírselo.

—Sigo siendo de la familia —repitió con voz gélida.

—Sí, sí. Ya nos hemos enterado —intervino David—. Pero tienes que entender una cosa. Fue decisión de Bren no preocuparte cuando no podías hacer nada por ayudar. Pero ahora sí que puedes hacer algo... si no lo hubieras fastidiado con la clienta, claro. ¿Qué ha pasado? ¿La has ahuyentado por el alcohol? ¿No le has explicado que estabas cansado por la diferencia horaria?

—Pues claro que se lo he explicado.

—Entonces, ¿por qué se ha marchado?

Dev pensó en la morena. Se habían estado mirando un rato antes. No tenía unos pechos tan grandes como la pelirroja, ni un físico de modelo como la rubia, y en compañía de ambas apenas llamaba la atención. No era su tipo, ni mucho menos, y sin embargo había despertado su interés al estar allí sola, mirándolo desde el otro extremo del bar.

Seguramente había sido por las contradicciones. Llevaba una blusa blanca y recatada que apenas mostraba un atisbo del sujetador de encaje, y una falda negra y recta que apenas subía hasta las rodillas al sentarse. Pero en cambio lucía unos zapatos de tacón con estampado de leopardo que realzaban sus largas y pálidas piernas. Y aunque llevaba sus relucientes cabellos castaños recogidos como una anciana, durante unos segundos pareció que estaban a punto de soltarse y caer sobre su cuello largo y esbelto.

Pero eran sus ojos lo que más contradictorio resultaba. De lejos no podía apreciar su color, pero al acercarse había visto que eran azules. Y, a diferencia de su ropa, no eran en absoluto recatados. Lo habían mirado como si quisiera...

Maldición. Apartó la imagen que empezaba a formarse en su cabeza. ¿A quién demonios le importaba cómo lo hubiese mirado? Esa mujer no tenía la menor empatía ni sentido del humor.

Miró a David y se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, hermano. No sé cuál es su problema.

—¿Quieres saber cuál es mi problema? —preguntó Jane. Se soltó del agarre de Poppy y se aferró a la encimera del aseo de señoras para no propinarle a su

amiga un puñetazo en su elegante barbilla. A los diez años tal vez hubiera mandado la prudencia a tomar viento, pero había madurado un poco desde entonces—. Mi problema es que no me gusta que me controles de esta manera, Calloway; eso para empezar, y que quieras endosarme a un borracho mientras yo intento reunir la colección más importante que me han encargado nunca. Sabes que necesito tener la exposición lista para enero, y lo último que necesito es perder el poco tiempo que tengo cuidando a un alcohólico. ¡Ése es mi problema!

—¿Crees que eras la única bajo presión? —preguntó Poppy con una mueca altanera—. No se trata sólo de ti, y lo sabes muy bien. Ninguna de nosotras quiere fallar en esto, después de que la señorita Agnes confiara tanto en nosotras. Tú al menos tienes experiencia para enfrentarte a tu reto, Kaplinski. Pero Ava tiene que vender la casa sin saber lo más mínimo sobre el negocio inmobiliario, y yo soy la responsable de las obras. ¡Y eso son palabras mayores para alguien como yo, que se gana la vida diseñando las pizarras de los menús!

—Oh, vamos —Jane le devolvió la expresión desdeñosa—. La señorita Agnes te pidió que reformaras la mansión porque intentaste convencerla para que lo hiciera desde la primera vez que estuvimos allí. ¿Cuántas sugerencias le hiciste a lo largo de los años? ¿Un millón? ¿Dos millones? Y seguro que encargó a Ava que la vendiera porque es la única que conoce a gente que podría pagarla.

—De acuerdo, quizá tengas razón. Pero me he dejado la piel buscando y entrevistando a un montón de contratistas, y los Kavanagh son los mejores en su profesión. Por no mencionar que han accedido a reba-

jar un veinte por ciento sus tarifas a cambio de la publicidad que les proporcionará la mansión Wolcott. ¡Así que ya puedes ir superando tus manías! Tu fobia a los alcohólicos no va a fastidiarnos la operación a Ava y a mí. Ni a ti tampoco.

Era tan extraño ver a Poppy enfadada, que Jane tragó saliva y asintió.

—Déjame que respire —murmuró, y Poppy se echó hacia atrás.

Jane se alisó la ropa, se recolocó los mechones que se le habían soltado y miró a su amiga a los ojos.

—Muy bien —aceptó a regañadientes—. Pero si se le ocurre beber en el trabajo una sola vez, no respondo de mis actos.

—Me parece bien.

—Me alegra que digas eso. Porque tendrás que ayudarme a enterrar el cadáver.

—Claro... —dijo Poppy, llevándose una mano al pecho—. Al fin y al cabo, ¿para qué están las amigas?

2

Voy a conseguirlo. La señorita Agnes creía en nosotras, y nada ni NADIE va a impedir que dé lo mejor de mí misma.

—Parece que este trabajo está hecho para ti.

Jane se puso rígida al reconocer la voz. La irritaba que esa voz le resultara familiar después de una sola reunión, pero de todos modos adoptó una expresión serena y se dio la vuelta lentamente.

Devlin Kavanagh estaba en la puerta del salón de la mansión Wolcott, vestido con una camiseta azul marino, unos vaqueros descoloridos y unas botas viejas. Su pelo rojizo relucía bajo las luces que Jane había encendido, y todo su cuerpo irradiaba una virilidad arrolladora.

A Jane le dio un vuelco el corazón, pero puso los brazos en jarras y se rebeló contra su atractivo masculino.

—¿Qué quieres, Kavanagh?

—Cuánta amabilidad —dijo él. Se apartó del marco de la puerta, echó la cabeza hacia atrás y, con los ojos cerrados y los brazos en cruz, se llevó el dedo índice de la mano derecha hasta la punta de la nariz, seguido por el izquierdo—. ¿Lo ves, mamá? He pasado la prueba de alcoholemia.

—Por ahora. Falta por ver cuánto dura.

Los verdes ojos de Devlin se entornaron entre sus espesas pestañas.

—¿Se puede saber qué te pasa? La otra noche no bromeaba cuando dije que estaba cansado por la diferencia horaria. Tal vez no debería haber tomado aquellos tequilas en el bar, pero ¿no podrías darme un respiro? Llevaba sin dormir un día y medio, y me afectaron más de lo habitual.

Jane se estremeció de vergüenza. Él tenía razón. No tenía derecho a criticarlo de esa manera, sin conocerlo.

—Te pido disculpas —dijo secamente.

Él emitió un sonido escéptico.

—Tanta sinceridad me abruma...

¿Qué demonios quería de ella? La espalda empezaba a dolerle por mantener una postura tan rígida y erguida, resistiendo la tentación de acercarse. No entendía aquella absurda atracción, pero sí sabía una cosa: su voluntad era más fuerte que unas cuantas hormonas desatadas. Levantó el mentón y lo miró fijamente a los ojos.

—Pues me disculpo por ello también. Tus problemas con la bebida no son asunto mío.

—No cedes ni un ápice, ¿verdad?

—¡He dicho que lo siento!

—Del modo más ambiguo que jamás he oído. Pero has acertado en una cosa, hermana. Si tuviera problemas con la bebida, no sería asunto tuyo.

Una cosa era criticarse a sí misma, pero otra muy distinta que lo hiciera él.

—¿Quería algo, señor Kavanagh?

—Dev.

Ella lo miró con expresión interrogativa.

—Llámame Dev —insistió él—. O Devlin, si te empeñas en mantener las formalidades. El señor Kavanagh es mi padre.

—Muy bien. ¿Hay algo que pueda hacer por ti, Devlin? —se agachó para juguetear con la colección de cestería de Columbia River que tenía a los pies.

—Estoy buscando planos actualizados de la mansión. Algunas de las habitaciones parecen llevar mucho tiempo cerradas, pero este lugar tiene cientos de años y tampoco dispongo de los planos originales. Hasta donde yo sé, la casa podría estar llena de pasadizos secretos y rincones ocultos. Me gustaría saber qué nos vamos a encontrar antes de que empecemos a tirar cosas, ya que los lugares secretos podrían ser un atractivo comercial, y Bren me dijo que tu intención es vender la casa al mejor precio posible.

La idea de un pasadizo secreto la intrigaba, pero se negó a que la desviara de su propósito. Cuanto antes se deshiciera de aquel pelirrojo macizo, mejor.

Sin embargo, en vez de darle una respuesta clara y directa, se sorprendió a sí misma respondiéndole con otra pregunta.

—¿Y por qué me lo preguntas a mí?

—Porque pareces ser la persona que mejor conoce este sitio. ¿Sabes dónde podrían estar los planos?

—No. Lo siento —y lo sentía de verdad, porque cuanta más información pudiera proporcionarle a Kavanagh Construction, más completas serían las reformas. A Jane le encantaría ver aquella mansión en el

estado que merecía estar—. Estoy segura de que debe de haber varios, pero no sé dónde los guardaba la señorita Agnes. Lo único que sé es que nos dijo que la mansión Wolcott había sido reformada varias veces. La última reforma fue en 1985.

Él asintió.

—El año que el capataz de la obra robó los diamantes Wolcott.

Jane dejó de fingir que estaba prestando atención a las cestas y se levantó.

—¿Lo sabías?

—Nena —dijo él con una sonrisa que debía de haber derretido a más de una mujer—. Soy de Seattle, y esos diamantes son una leyenda aquí. Toda la ciudad ha oído hablar de ellos.

Bueno, ella también era de Seattle y no...

—Yo no. Hasta hace poco. La señorita Agnes nunca hablaba del robo ni del asesinato de Henry —se encogió de hombros—. No nos contó la historia hasta que Poppy oyó un rumor por ahí y empezó a acosarla a preguntas —esbozó una sonrisa torcida al recordarlo—. Poppy puede ser como un pit bull. No suelta su presa una vez que le hinca los dientes.

Él hizo ademán de adentrarse en la habitación, pero debió de notar la rígida postura de Jane, porque se quedó en su sitio. Apoyó un hombro en el marco y se enganchó el pulgar en el cinturón mientras la examinaba.

—Henry, ¿eh? ¿No fue el hombre al que asesinaron cuando el ladrón volvió para sacar los diamantes de su escondrijo?

—Tú eres el experto, chico de Seattle.

—Eh, sólo era un crío cuando ocurrió todo eso. Es normal que me interesara por los crímenes y los es-

cándalos. Pero sobre todo me fascinaba la idea de que por alguna parte había una colección de joyas valoradas en millones de dólares.

—Sí, bueno, Henry era quien se encargaba de esos asuntos para la señorita Agnes. Era su mayordomo, su secretario, su asesor y creo que también su aman... —se interrumpió a mitad de palabra, horrorizada.

¿Qué estaba haciendo? Ya se había dejado claro que no conocía a Devlin, y aun así lo había acusado de tener problemas con la bebida. No había razón para entablar más confianza. Entonces, ¿por qué casi se le había escapado que tanto ella como sus amigas creían que Henry había sido algo más que un simple empleado para la señorita Agnes? Su mentora nunca lo había admitido, naturalmente, pero la expresión de sus ojos cada vez que hablaba de él, y el hecho de que Henry ni siquiera tendría por qué haber estado en la casa la noche en que supuestamente Maperton entró para recuperar los diamantes desaparecidos el año anterior, les había hecho creer que Henry era su amante además de llevar los asuntos domésticos. Pero de ninguna manera iba a compartir sus teorías con Devlin Kavanagh.

—Bueno, tengo mucho trabajo pendiente —dijo, ofreciéndole su sonrisa más profesional—. Como ya te he dicho, no sé dónde pueden estar los planos. Ni siquiera sé si existen. Pero estaré atenta por si los veo.

Él la miró fijamente por unos segundos y se echó hacia atrás, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Gracias. He conseguido unos esbozos de la cocina, cuando se amplió en 1909. Voy a ir a los archivos de King County. Quizá tengan los originales o algunas actualizaciones —la miró de arriba abajo, se